

Banda aparte. Formas de ver

(Ediciones de la Mirada)

Título:

Mi nombre es Joe

Autor/es:

Tarin, Javier M.

Citar como:

Tarin, JM. (1999). Mi nombre es Joe. Banda aparte. (14):10-11.

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/42331>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



TICKETS

M

I NOMBRE ES JOE

(*My name is Joe*, Ken Loach, España-G.B.-Alemania, 1998, 35 mm. color, 105 min.)

Javier M. Tarín



Mi nombre es Joe, 1998

En 1989 Francis Fukuyama, funcionario del Departamento de Estado norteamericano, certificaba en un artículo la defunción de la lucha entre ideologías y el triunfo de la democracia liberal como sistema político y económico global. Esta victoria del liberalismo significaba para él el fin de la historia, es decir: "el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal como la forma final de gobierno humano"¹. Más claro aún: el capitalismo, o más bien su última renovación, el neoliberalismo, se habría impuesto como única e inmejorable opción de organización

social, llegando así a la última parada de la historia. En contraposición a esta visión optimista en exceso, se puede definir esta versión del capitalismo como *darwinismo social* ya que, en realidad, no trata de conseguir libertad para todos en igualdad de condiciones real sino de una lucha en la que sólo los más fuertes sobreviven. Es, por tanto, necesaria la articulación de otras estructuras de organización social que se enfrentan a esa única visión triunfante que pretende venderse a los ciudadanos como la mejor posible.

Nada más lejos de la realidad a juzgar por lo que Ken Loach presenta a los ojos del espectador en su última película *Mi nombre es Joe*. En ella retrata las consecuencias de ese neoliberalismo glorioso fraguado en los años 80 en Estados Unidos y Gran Bretaña, que aplicaron una política económica similar y la convirtieron en referencia de los países occidentales, incluso los de gobierno socialdemócrata. Se trató fundamentalmente de la reducción de impuestos a los más ricos y a las clases medias lo cual, aparentemente al menos, iba a suponer una mayor actividad, crecimiento económico y, por consiguiente, una mayor recaudación fiscal que revertiría en las clases menos favorecidas. Al mismo tiempo, sin embargo, el mercado fue sustituyendo gradualmente al Estado —cada vez

más criticado su papel de proveedor de los servicios básicos— e introduciendo su lógica; la mercantilización de los derechos esenciales que pasarían a ser provistos por entidades privadas previo pago y una red de beneficencia pública para los más pobres. El Estado Nodriza debía extinguirse pues sólo había conseguido crear, según este discurso, la dependencia del subsidio de los más desfavorecidos. Este argumento, convertido en estribillo de la canción neoliberal, sigue sonando en la mayoría de países occidentales como una verdad indiscutible por ser un hecho objetivo medible a través de los datos macroeconómicos.

El filme de Loach se opone de manera frontal a tales planteamientos. En primer lugar pretende dejar claro que el supuesto acomodamiento de los más desfavorecidos es una ficción creada por un economicismo calvinista que da por supuesto que el que es pobre lo es porque quiere —discurso que pretende defender en último término los privilegios de las clases más acomodadas². En ese sentido, los personajes pertenecientes a la nueva clase de marginados no están a gusto en el lugar que ocupan en el sistema social y no se resignan pasivamente a su destino. Al contrario. Toman decisiones que pretenden precisamente cambiar el rumbo de sus vidas —dejar el alcohol en el caso de Joe o las drogas en el de Liam— y (sobre)vivir dignamente. El título funcionaría ya en esta dirección: es sabido que el primer paso para la recuperación de un alcohólico es el reconocimiento de su condición: *me llamo Joe y soy alcohólico*. De esta manera, el espectador puede intuir la

1. Estefanía, Joaquín, "Los fines de la historia" en *Babelia, El País*, Madrid, 11 de enero de 1997. Comentario sobre el libro de Perry Anderson que intenta rebatir las tesis ultraliberales de Fukuyama y contrapone la democracia social, revisión del socialismo liberado del marxismo y totalitarismo, como modelo de organización social. No obstante, es evidente que el capitalismo es el sistema económico que se ha impuesto globalmente y que ha sido plenamente aceptado por la socialdemocracia.

2. Chomsky, Noam, *Cómo se reparte la tarta*, Barcelona, Icaria, 1996. Chomsky describe cómo en EE.UU. los ultraliberales defienden la disciplina de mercado para los pobres y la protección y el subsidio para los ricos. Newt Gingrich en su *Contrato con América* apoya el recorte en los gastos sociales, niega la ayuda a los hijos de madres menores y pretende la reducción de 50 millones de dólares de asistencia sanitaria para ancianos y pobres. Por otro lado favorece el aumento de bienestar de los ricos a través de medidas fiscales regresivas y subvenciones.



Mi nombre es Joe, 1998

situación que va a plantearse en el filme, pero también sirve para oponerse al anonimato que propugna la sociedad actual por medio de las cifras desnudas y los datos objetivos. El título es una declaración de principios que pretende recuperar la voz de las personas y su situación frente a la pretendida científicidad de las estadísticas. Los ciudadanos, sea cual sea su condición o *status* social, deben pedir la palabra y utilizar su derecho a expresarse e intervenir en la construcción de un mundo más humano más allá del ejercicio electoral cada cuatro años. El filme obliga a plantearse el debate político en términos más cercanos a las personas y, en consecuencia, considerar hasta qué punto el sistema capitalista conduce al bienestar general.

El arranque en negro con una voz en *off* es altamente productivo, pues otorga el mando del relato a aquél que va a ser su protagonista, quien incorpora verbalmente su oscuro pasado como alcohólico. La narración va dirigida a sus compañeros de Alcohólicos Anónimos, pero en primera instancia, esa voz habla directamente a la audiencia sentada en la sala cinematográfica expectante ante el relato que empieza. De esta manera los espectadores identificarán a Joe como organizador y punto de vista de la historia, que se articula a partir de ese pasado que intenta dejar atrás pero que le perseguirá hasta el final y determinará el curso del relato.

El mundo global y sin ideología del final de siglo —más bien con ideología única— se concreta en la ciudad escocesa de Glasgow cuyos astilleros, fundiciones y acerías fueron progresivamente cerrados bajo el eufemismo de reconversión industrial auspiciada por Margaret

Thatcher en aras de la competitividad. Muchos de los obreros quedaron en el paro sin opción de encontrar un trabajo en una época digital que no cuenta con ellos. El espacio urbano predomina en toda la película porque es en las ciudades donde cristalizan la mayoría de las desigualdades propias del sistema capitalista. La única salida de este espacio es el viaje de Joe a las Highlands para llevar a cabo el encargo del mafioso McGowan. De ese modo se oponen las dos zonas que componen

Escocia: Lowlands, espacio urbano e industrial con clima más clemente, y Highlands, espacio rural de condiciones más duras de vida. La escena del *highlander* con los turistas japoneses además de cómica, encaja a la perfección con la lógica del filme de desenmascarar la preponderancia del mercado sobre cualquier otro valor: Escocia queda reducida en el discurso económico global a un traje folklórico y tres canciones tocadas con gaita, imagen corporativa que borra por completo su tradición obrera.

El filme pone de manifiesto la insuficiencia del sistema de *protección estatal* hacia los excluidos. La asistencia social hará su trabajo a la perfección e intentará ayudar pero será totalmente incapaz de resolver sus verdaderos problemas, que son fundamentalmente económicos y de supervivencia en un entorno social muy desfavorable. En cierta medida existe en el filme desconfianza hacia los servicios sociales representados por Sarah porque al mismo tiempo que dicen ayudar, someten a los parados con subsidio mínimo a controles tan estrictos que llegan al acoso —como se muestra en la escena del inspector del paro que fotografía a Joe mientras hace una chapuza en casa de Sarah. El caso de Liam es, en este sentido, ejemplar. Ha estado un par de años en la cárcel por tráfico de drogas durante los que su mujer retoma el negocio para subsistir y se engancha. Es decir, ese Estado benefactor que ahora ayuda a Liam y a su familia por medio de la asistente social es el mismo que lo metió en la cárcel y que es, de alguna manera, responsable de su situación actual. El desencadenante que arrastra al abismo a los personajes son

dos mil libras —pequeña cantidad en relación a las consecuencias que tienen pero muy grande en el nivel social en el que se encuentran. El Estado a través de Sarah no es capaz de resolver esa situación cuya solución es de orden económico —pagar a McGowan— y se limita a proveer atención sanitaria, necesaria pero no suficiente. Joe, sin embargo, se ve abocado a tomar partido arriesgando todo lo que tiene. Su mundo no es limpio y bueno como el de la clase media en el que la aproximación moral es posible. Acepta el encargo del narcotraficante porque es la única forma que tiene de ayudar a su amigo y porque no puede quedar al margen como espectador pasivo. Sarah no entenderá desde su aséptico mundo esa acción porque considera que las consecuencias son más terribles que los beneficios. En definitiva, no puede admitir que el sistema que ella representa sea el creador indirecto de situaciones como la de Liam y Maggie, que deberían saber resolver ellos mismos.

Los teóricos del ultraliberalismo exhiben ante la desigualdad propiciada por el sistema capitalista la teoría del goteo, a saber, a mayor crecimiento más reparto de la riqueza y menos diferencias entre ricos y pobres. Hasta el momento, el resultado indica todo lo contrario: mayor distancia entre los que tienen y los que no tienen³. Frente al discurso oficial de los medios de comunicación más influyentes que se caracterizan por la presencia de datos macroeconómicos, existe la cotidianidad de los efectos perversos del sistema económico preponderante. Son cada vez más sectores de la población los que quedan fuera del reparto de la riqueza. Es dentro de este discurso alternativo al pensamiento único donde se sitúa la película de Loach. Un cine necesario frente al entretenimiento alimenticio que el mercado impone en las salas.

3. Aguirre, M., Ramonet, I., *Rebeldes, dioses y excluidos*, Barcelona, Icaria, 1998. Ramonet señala sobre la tesis liberal del goteo que la realidad no la confirma: "El liberalismo se ha reintroducido en nuestras sociedades desde hace poco menos de 20 años. Hace dos décadas el desempleo era casi desconocido en Europa, hoy tenemos 18 millones de parados y 50 millones de pobres. Por otra parte, en cuanto a las desigualdades en Estados Unidos, en 1984 el 1% más rico de este país poseía el 27% del patrimonio nacional, una cifra enorme; en 1998, el 1% más rico posee el 39% del patrimonio nacional. Las desigualdades han aumentado y el liberalismo no está proponiendo un proyecto de nivelación, ni a escala nacional ni a escala planetaria."